

XII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C.

El Mesías de Dios

Un punto culminante del evangelio de Lucas que vamos leyendo a lo largo de este año es el pasaje de este domingo (Lc 9,18-26). En él Jesús plantea abiertamente la cuestión de su identidad, muestra a los discípulos su destino y los invita a un seguimiento radical. Esta escena permite dividir la obra de Lucas en dos partes muy bien diferenciadas, las mismas que se apreciarán en los evangelios de Mateo y de Marcos, si bien en Lucas la segunda es considerablemente más amplia en virtud de su largo camino a Jerusalén.

La primera parte de los evangelios presenta a Jesús como mensajero del Reino de Dios y su actividad es la que hace cercana, próxima e inminente la llegada de ese Reino. Durante el tiempo de su actividad pública Jesús ha realizado una serie de prodigios propios de los tiempos mesiánicos. A través de estos signos, quienes los presenciaron y quienes los conocemos mediante el relato evangélico, podemos preguntarnos qué clase de hombre es éste y de dónde le viene su fuerza y su poder.

En el marco de la oración de Jesús, como es habitual en Lucas, ante la pregunta abierta de Jesús acerca de su identidad, la gente opina que Jesús es Juan Bautista, Elías o algún profeta que ha resucitado, puesto que habían visto cómo dio vida al hijo de la viuda de Naím. Pero Jesús interpela a todos: "¿Quién dicen ustedes que soy yo?". Pedro fue capaz de confesar que Él era el *Mesías de Dios*. A diferencia de los otros evangelios, Lucas afirma el carácter divino de este Mesías. No es el Mesías de la gente, ni el de la tradición religiosa, ni el esperado, ni el imaginado, sino el de Dios. Sin embargo, no eran conscientes aún de las implicaciones y consecuencias que ese reconocimiento llevaría consigo y Jesús empieza a instruirlos inmediatamente acerca de sus concepciones mesiánicas y religiosas. Por eso Jesús increpa a los discípulos y les manda que no digan todavía nada a nadie, pues si bien es verdad que Jesús es Mesías, lo es de una forma sorprendente para todos, y eso es lo que Jesús, profeta que ve en profundidad la realidad de la vida y también la suya propia, revela qué tipo de Mesías es el de Dios.

El primer anuncio de su muerte en la cruz como destino ineludible de su actuación mesiánica es la paradoja de esta revelación. Lucas introduce un elemento propio y reiterado en todo su evangelio, que da una profunda comprensión profética a su destino, pues anuncia su Pasión y su Rechazo como algo que tiene que ocurrir y, por tanto, algo que forma parte del plan previsto por Dios. Jesús es consciente de que todos los poderes de este mundo lo rechazarán, pues su palabra profética desenmascara toda mentira humana y no lo aceptarán. La cruz no es un capricho de Dios ni de nadie, sino una consecuencia inherente, y sólo por eso necesaria, a la fidelidad de Jesús. Los discípulos han reconocido al Mesías pero no han percibido las consecuencias y las exigencias de un mesianismo que acabará en la cruz por anteponer el Reino de Dios y su justicia al templo y al sistema del culto y por colocar al ser humano necesitado en el centro de atención de la vida religiosa.

La invitación final del evangelio a "tomar la cruz y seguir a Jesús" no son dos cosas sino una sola, porque la una implica la otra. El verbo "seguir" es típico de los evangelios y significa mantener una relación de cercanía a alguien, gracias a una actividad de movimiento, subordinado al de esa persona. Tomar la cruz es la consecuencia vinculada directamente al seguimiento radical: "Si uno quiere seguir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, y tome su cruz cada día y me siga" y ha sido ejemplificada particularmente en la escena del Cirineo que tomó la cruz de Jesús y lo siguió. Tomar la Cruz implica un cambio de vida continuo de renuncia a uno mismo para entregarse a la persona de Jesús y seguir sus huellas en una

trayectoria de vida, marcada por los pasos que él nos ha trazado para anunciarnos el Reino de Dios, hasta dar la vida por su causa.

Mas la referencia personal a Jesús acompaña a los dos verbos. No se trata de ir a la deriva por el mundo sino con Él y detrás de Él, siguiendo sus pasos, sus enseñanzas, su evangelio y con Su cruz. No nos inventemos más cruces ni sacrificios, pues bastantes cruces hay ya en nuestro mundo. Sólo debemos abrir los ojos para percibir las y allí actuar como Cirineos. Tanto la cruz como el seguimiento radical no se pueden entender bien si no van acompañados de un profundo amor a Jesús. Por amor a Jesús, a quien seguimos con su cruz, hemos de mirar a los que entre nosotros llevan la cruz: los enfermos y ancianos, los inmigrantes y marginados, los pobres y indigentes, los condenados a una muerte lenta por carencia de medios de vida en un planeta que podría alimentar a otra humanidad más que hubiera, los niños abandonados, explotados y maltratados, los eliminados antes de nacer, las mujeres maltratadas o golpeadas. Todos ellos forman parte de la vida de cada día y el compromiso con ellos, y con la cruz, debe ser continuo. Tomemos estas cruces como nuestras por amor a Jesús para que nuestra fe se avive y nuestro seguimiento como discípulos y discípulas sea más fiel.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura